



TESOROS EN VASOS DE ARCILLA

TESTIMONIOS DE VIDA ESPIRITUAL

Recopilación: E. Fonts sj.

INTRODUCCIÓN

1. SÉ DE QUIEN ME HE FIADO
2. EL SENTIDO DE VIVIR
3. EXPERIENCIAS FUNDANTES
4. HISTORIA DE AMOR
5. LA VOLUNTAD DE DIOS PARA NUESTRA VIDA
6. TRES OPCIONES

PISTAS PARA UN RATO DE ORACIÓN

INTRODUCCIÓN

No hay prisa. Son las cuatro de la tarde de un día del mes de octubre y, en Puente Grande (Jalisco-México), empieza el relato de la propia vocación y de cómo Dios nos ha ido conduciendo y guiando a lo largo de nuestra vida. Cada uno de los trece jesuitas que, hace una semana, llegamos de diferentes partes del mundo, permaneceremos en México medio año, como mínimo, para poder realizar lo que San Ignacio llamó la Tercera Probación. Un período intenso y extenso en la formación de un jesuita antes de hacer los últimos votos, los votos solemnes...

“¡Qué bien de Dios, qué riqueza, qué maravilla, poder escuchar el paso de Dios por la vida de los compañeros!” Éste sería el resumen de los comentarios que muchas personas hacían después de escuchar y de compartir los relatos personales de nuestra vida. Era una auténtica experiencia espiritual que movía nuestros corazones y nuestro deseo, que nos hacía caer en la cuenta de cómo se puede “encontrar el Señor en todas las cosas”, en todas las culturas, en todas las historias familiares y en todos los ambientes sociales.

Al cabo de unas semanas, los trece fuimos enviados a distintos lugares o misiones de México para compartir la tarea apostólica y social llevada a cabo por los jesuitas mejicanos junto con muchos laicos y laicas. Fue un tiempo corto pero intenso, en medio de personas y de comunidades que no conocíamos y que nos acogieron muy bien. Indígenas, gente de barrio, gente de pequeños pueblos. La mayoría vivía sin muchos recursos, ni económicos ni sociales. Y, por supuesto, con una religiosidad y con unas costumbres bastante distintas de las nuestras.

Como en el Evangelio de Lucas, cuando los setenta y dos volvieron rebosantes de alegría (Lc 10,17), de este mismo modo regresábamos nosotros, los trece jesuitas, de aquellas comunidades. Habíamos podido presenciar al Señor como Alguien que “habita en las criaturas y trabaja en todas las cosas creadas” (EE 235-236). En este contexto espiritual y comunitario comenzamos la repetición del mes de Ejercicios que habíamos hecho en el noviciado. Fue de una gran densidad espiritual, de relación con el Señor y de reconocimiento de su presencia en nuestra vida.

Este cuaderno que os presentamos fue concebido en México, en medio de la tercera probación. No nos queríamos guardar toda aquella riqueza humana y espiritual. Deseábamos que, así como para nosotros aquél había sido un tiempo de gracia y de reconocimiento de la acción de Dios, también otras personas pudieran descubrir las huellas del paso de Dios.

La primera intención fue la de poner por escrito nuestras pequeñas historias de salvación. Sin embargo, una vez ya en Cataluña, decidimos ampliar la riqueza de los testimonios con los de parejas, personas solteras, y de vida religiosa femenina.

A cada una de ellas se le ha pedido que pusiera por escrito su itinerario espiritual o experiencia de Dios en la vida cotidiana. El lector descubrirá que hay estilos y lenguajes diferentes. No los hemos querido “homogeneizar” para que no perdieran la riqueza de su expresión y para no traicionar el mensaje que transmiten, más allá de las palabras. Podemos asegurar que son escritos sinceros y auténticos, que han sido meditados y orados por sus autores.

A pesar de que más de uno de los testimonios pueda ser reconocido por la originalidad de su experiencia o por algunos de los hitos que han marcado su camino, todos son anónimos y, en algunos casos, se ha cambiado algún dato irrelevante para evitar que sean reconocidos. De este modo, hemos facilitado la expresión de las personas y facilitamos al/la lector/a que los pueda “saborear interiormente”. Algunos datos personales o de contexto social han cambiado desde que estas experiencias se escribieron hasta que han sido publicadas. Por respeto al contenido y a la unidad del texto, no han sido retocadas ni ampliadas.

Seis son los relatos que presentamos en este cuaderno. En el conjunto, la mitad son jesuitas y, la otra mitad, laicos y laicas. Los países de procedencia son muy variados. A pesar de haber vivido en diferentes realidades culturales, sociales y familiares, tienen algunos rasgos en común: una fuerte experiencia de Dios, aunque no siempre clara y evidente, el hecho de que no se han dejado vencer por las dificultades, por los miedos o por las dudas, y de que una gran mayoría conoce la espiritualidad ignaciana y ha echado raíces en ella.

Ojalá nos sirvan de estímulo y ayuda en el “conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (EE 104).

1. SÉ DE QUIEN ME HE FIADO

La duda y el miedo pueden ser, también, caminos para crecer y encontrar a Dios. Éste es un relato que nos habla de cómo se pueden integrar los sentimientos, el sufrimiento y la oración, sin dejar de buscar respuesta a los propios interrogantes.

En mi vida, se ha ido manifestando constantemente la bondad de Dios. En algunas ocasiones he sido consciente de ella y en otras no la he descubierto hasta cierto tiempo después. No obstante, veo que, a medida que voy haciendo la experiencia de ella, aprendo a descubrirla allí donde antes sólo hallaba oscuridad y abandono. No me es nada fácil el relato del hilo conductor de esta bondad amorosa porque hay experiencias que no se pueden transmitir con palabras. Se nos escapan, como quien querría aprisionar los rayos del sol. El acceso a la trascendencia sólo es posible desde la confianza del pobre que confía porque se siente amado.

Me referiré a algunos rasgos significativos, vividos particularmente, a partir de la historia personal y familiar concreta. Desde ellos, nos será legítimo compartir el encuentro de la presencia y del misterio de la bondad de Dios tal como se ha ido manifestando.

1.1. Algunos rasgos significativos de la historia personal y familiar

En el seno de mi familia vivíamos en un clima donde los unos nos dábamos permiso a los otros para vivir. Fruto de este clima de respeto a la identidad individual fue el hecho de que siempre pudiera expresar mis sentimientos de rabia, miedo, venganza, alegría y amor. Me siento una persona afortunada por la riqueza afectiva que esto me ha supuesto.

Teníamos una fe sencilla, sin complicaciones y sin ninguna crítica. Eso sí, solidaria y comprometida. Quizás pueda aclarar la anécdota o el hecho que voy a exponer a continuación: la esposa del hermano de mi madre se puso enferma. Tenían un niño de seis años y mi tío tenía que ir a trabajar y no podía atender a su esposa ni a su hijo. Ante esta situación, mi madre decidió –mi padre ya estaba muerto– llevársela a casa y cuidarla. Debido a que mi habitación era la que ofrecía mejores condiciones para instalar a mi tía y la casa era pequeña, me pidió que se la cediera y que me marchase cada noche a dormir a casa de mi abuela. Esta situación duró casi un año hasta que mi tía murió en brazos de mi madre.

a) La duda

En mi etapa de universitaria lo pasé muy mal. La crítica que Freud hizo de la religión me conmocionó poderosamente. Según él, las conductas religiosas son hijas de una neurosis y de un pensamiento delirante y, para colmo, descubrí el porqué del secreto de los archivos vaticanos.

¡En mi interior empezaron a removerse tantas cosas! Me iba invadiendo un sentimiento de rebeldía y de crítica contra la Iglesia-institución y las creencias religiosas. Se trataba de una dura crítica contra demasiadas cosas que no podía aceptar ni, por descontado,

creer... ¿Cómo era posible que, en determinadas épocas históricas, la Iglesia hubiera olvidado el Evangelio? ¿Cómo podía admitirse que la conducta de plena generosidad hacia mi tía y muchas otras actitudes de fe solidaria compartidas con mi familia se explicasen como hijas de una neurosis o de pensamientos delirantes? Viví una lucha que no puedo describir con palabras. Mi experiencia religiosa no cuajaba, de ninguna manera, con los nuevos descubrimientos. La duda me corroía por todas partes. ¿Dónde, y en qué, residiría la verdad?

Un día, un grupo de jóvenes hicimos una excursión a Montserrat y, sentada en las escaleras del camarín para ir a ver a la Virgen, hallé la respuesta a mis interrogantes: “Si sólo nos quedamos con lo esencial del mensaje cristiano y descartamos lo accesorio, lo que queda es: ‘amaos los unos a los otros como yo os he amado’ (1 Jn 3,11). Y si el mensaje de Freud, de Sartre y del resto de los autores de la sospecha que yo leía, lo redujéramos, también, a lo esencial, sería que el perfil de la madurez humana se reduciría a amar gratuitamente a los demás.”; ¿Qué paz sentí nuevamente en mi interior! ¡Los contrarios habían encontrado una nueva armonía!

b) Los otros lugares en la vida

Pero, en la concreción práctica, ¿qué significa amar gratuitamente? ¿Significa decir siempre “sí” a todo, y en toda circunstancia, en las relaciones con los demás? ¿Significa permitirles que agraven nuestra dignidad de personas? ¿Quizás quiera decir que, si me atrevo a decir “no” no me quedará tranquila con mi conciencia? ¿Cuál es la diferencia entre la autonomía adulta y la dependencia que nos hace infantiles? Etc.

Debo confesar que las preguntas, en este ámbito, no las he acabado de resolver.

He hallado una gran luz en la lectura de la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-37). A la pregunta del maestro de la Ley, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?, Jesús le contesta proponiéndole el camino seguido por el buen samaritano: “¿Quién de estos tres crees que se comportó como prójimo... Él respondió: El que le trató con amor”. (Lc 10,36-37).

Durante mucho tiempo interpreté el significado de esta parábola en el sentido de que los demás eran los que tenían que ocupar todo el espacio de mi vida. Que me tenía que dejar pisar, manipular y quedarme sin lugar en el concierto de la convivencia. Releyendo muchas veces la parábola, el Señor me dio una respuesta esclarecedora en los versículos siguientes: “Después, subió a su cabalgadura y le llevó al hostelero diciéndole: “Ocúpate de él y, cuando yo vuelva a pasar, te pagaré los gastos que hagas de más”.

Vi con claridad que de lo que se trataba era de construir redes de solidaridad y no pretender ejercer la ayuda fraterna en solitario y, también, que la solidaridad tenía que empezar por mí misma, estructurando mi tiempo de tal manera que me quedaran ratos “para continuar el camino hacia mi Jerusalén”. Querer tener una identidad, una dignidad, unos espacios de intimidad y libertad, no significaba no amar sino reconocer que tengo unas limitaciones y que, además, soy humana, con unas necesidades concretas que tengo que satisfacer.

Amar gratuitamente, tal vez significa ejercer un proceso de discernimiento entre la entrega incondicional y el hecho de poner límites al ego personal y ajeno.

c) *La enfermedad y la muerte*

He pasado por situaciones de enfermedades y he sentido el paso de la muerte muy próxima a mí y a las personas de mi familia. Estar enfermo y tener que morir, fue otra de mis grandes rebeliones internas; yo quería trabajar, ayudar a los demás, hacer cosas... pero la enfermedad y la muerte eran unas grandes injusticias de la vida que no cuajaban con la bondad de un Dios Padre-Madre. ¿Qué explicación podía tener tanto sufrimiento? ¿Por qué Dios permitía las injusticias, las guerras, la muerte de niños, y un largo etc.? Dije muchos disparates contra este dios al que no entendía y que me resultaba tan lejano. Una vez más, su bondad me visitó en medio de la “protesta sincera”. Fue la época del encuentro con el misterio que me sobrepasa y mi actitud de querer comprenderlo.

Después, me peleaba internamente con Dios y oraba de una manera muy especial, porque, cuando rezaba el Padrenuestro y llegaba al “hágase tu voluntad”, me lo saltaba; yo quería que se hiciera mi voluntad y que las cosas ocurrieran según mi parecer.

Una vez más, la bondad amorosa de Dios se hizo presente en mí. Una tarde del mes de noviembre –lo recuerdo muy bien—, entré en la iglesia de Santa Teresita de Lérida, mi parroquia, sin saber a qué iba. Lo cierto es que, mientras caminaba por el pasillo, iba articulando esta oración:

“¿Y tú eres un Dios que ama a los pobres? Esto no es verdad, porque permites que...” Y toda la retahíla de protestas que queráis. Yo, que me he preparado para poder trabajar en la educación, que he escogido un colegio público de niños marginados, le iba refiriendo todo mi currículum y perfil profesional que se ajustaba a la situación...

Sin saber cómo, me senté en uno de los bancos cerca del sagrario. Una voz interior me dijo:

“Tienes fe”. Y respondí: “¿Qué más querría, yo, que tener fe!” La voz prosiguió: “Tu vida es honrada”. “Eso sí, yo protesto pero soy sincera”.

“¿De qué tienes miedo, si morir es reunirse conmigo, el Cristo, y, en mí, con todos los hermanos, y, desde mí, todas las cosas tienen sentido?”

“Señor –respondí interiormente–, me fío de ti en la salud y en la enfermedad, en el sufrimiento y en la alegría. Lo pongo todo en tus manos”. De repente, me sentí llena de una paz que nunca antes había experimentado.

Aquel día se produjo mi conversión definitiva a Cristo. Pasé de querer creer y no poder a fiarme de él incondicionalmente.

Desde entonces, cuando alguna persona me pregunta si soy creyente, o bien mi comportamiento le interroga, contesto: “no, yo no soy creyente, yo soy una aprendiz de la confianza en Cristo o, si queréis, soy una persona que *confía* en la bondad del Padre-Madre Dios”.

Y añadido: “Creer es poco, me fío de Él. Por fin sé de ‘Quién me he fiado’”.

¡Me siento una aprendiz de vivir humanamente desde la solidaridad, dejándome hacer pobre para las situaciones que me toca vivir y para los demás, y voy haciendo camino preguntándome muchas cosas!...

La síntesis de este recorrido de luces y sombras, deseo que sea vivir según un estilo de vida que, a pesar de mis flaquezas de todo tipo, haga visible a los hermanos el amor invisible de Cristo.

2. EL SENTIDO DE VIVIR

Diferentes religiones, diferentes orígenes, en medio de un país muy grande: Indonesia. Un joven de origen chino, enraizado en la propia cultura, conoce otras religiones y tradiciones espirituales, y descubre su vocación. Una vocación marcada por la alegría, la libertad y la familiaridad con Dios.

2.1. Breve historia familiar

Hace aproximadamente 200 años mis antepasados vinieron a Indonesia desde la parte sur de China. La razón fue la búsqueda de una tierra y situación política mejor para vivir. En la tierra nueva mantenían su cultura y su idioma, mientras gradualmente se adaptaban a las costumbres locales. Mis padres, por ejemplo, han remarcado la importancia de aprender el idioma de la isla donde vivimos, a pesar de que entre ellos el idioma continúe siendo el mandarín. El indonesio y javanés han sido para mí los medios para estudiar en la escuela pública, para vivir y comunicarme en Java. Por otro lado, mantenemos nuestra cultura para conservar la línea familiar y mostrar el respeto a los padres y a otras personas mayores.

2.2. Infancia, educación y vocación

Toda mi familia vive en Pekalonga, una ciudad situada en la costa norte de la isla de Java, una de las muchas islas que forman mi país. En total hay unos 200 millones de habitantes, 85 % de los cuales son musulmanes. Mi papá maneja un pequeño negocio de reparación de motocicletas con la ayuda de mi mamá. Uno de los buenos recuerdos de mi niñez es el ambiente alegre que se respiraba en mi casa. Con frecuencia, paseábamos juntos al lado del mar o subíamos a la montaña que queda fuera de la ciudad.

Mis padres no tuvieron oportunidad de ir a la escuela, pero de ellos he aprendido mucha sabiduría de la vida. Los cuatro hermanos fuimos bautizados como católicos cuando éramos niños. Mi papá es el guía de nuestra fe católica. Mi mamá era protestante y se convirtió al catolicismo cuando se casó con mi papá. Desde siempre, me ha impactado la apertura que demuestran hacia otras religiones y hacia la cultura y filosofía china. Para mí es una riqueza espiritual y cultural conocer el taoísmo, el confucianismo y el budismo.

Creo que la historia de mi vocación empezó con un sentimiento de insatisfacción, ya que el ritmo y la realidad de mi vida diaria me aburrían bastante. Me preguntaba si habría algo diferente, alguna forma alternativa de vida.

Vivíamos en una parroquia de unos seis mil católicos. Sólo había un párroco que nos asistía a tiempo completo. Este párroco siempre venía en su motocicleta a saludarnos con mucha alegría y muy sonriente. Parecía que nosotros fuésemos sus queridos hermanos. A través de él, pensaba en la posibilidad de vivir una vida semejante que me parecía tener mucho sentido. Al final del bachillerato, hablé con mis padres sobre la posibilidad de una vida comprometida con la Iglesia. Su respuesta fue negativa. De

hecho, esto fue un duro golpe para mi mamá, que esperaba que yo ayudara pronto a nuestra familia y que mantuviera la tradición familiar. Por respeto a mis padres, enseguida intenté olvidarme de ello.

Al cabo de dos años, me di cuenta de que algo había sido plantado en mí y había brotado. Cada vez que pensaba en una vida comprometida sentía mucha alegría. Vivir para ayudar a los demás y seguir a Jesucristo me causaba mucha ilusión y devoción. Al terminar el bachillerato, de nuevo hablé con mis padres. Al final me dieron permiso para intentarlo.

2.3. Porqué entré en la Compañía de Jesús

Entré en el seminario en el año 1981. Aprendí materias sobre la Biblia, la vida de Jesús y de los santos. Tenía amigos y director espiritual con quienes podía contar mis historias y quejas.

De mientras, estaba poniendo los ojos de mi corazón e interés en un misionero holandés que tenía la responsabilidad financiera del seminario. Su dedicación y entrega total me impresionaron profundamente, y pensé en ser como él. Era una persona muy simpática, que sonreía fácilmente. Un testimonio de vida auténtica y de buen seguidor de Jesucristo. Al final, fue él quien movió mi corazón a ser del grupo de los “amigos en el Señor”, los jesuitas.

La historia de mi vocación es como el descubrimiento de más respuestas a la búsqueda de una vida alternativa-aventurera y de un buen sentido de vida. En el año 1982 ingresé en la Compañía de Jesús. El noviciado fue el primer lugar donde empezamos a conocer el carisma de San Ignacio de Loyola y el origen de los jesuitas. La novedad, el estudio de la espiritualidad ignaciana y el horario fijo del noviciado me ayudaron mucho para seguir con mi deseo y curiosidad. Este camino hacia Dios me daba mucha confianza, paz y buen sentido de vida.

2.4. El camino con Dios en nuestro mundo

La Compañía de Jesús me introdujo en una formación integral para trabajar en la misión de Jesucristo: ayudar a los demás. La primera etapa, el noviciado, pone el énfasis en la espiritualidad ignaciana originada en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Los hicimos en 30 días, en enero de 1983. Fue una buena experiencia, una oportunidad para repensar mi decisión tranquilamente en un ambiente de oración.

En nuestro programa semanal, una actividad que nos daba mucho ánimo era el apostolado de los lunes. Por las tardes, salíamos con nuestras bicicletas hacia los pueblos vecinos, donde saludábamos a la gente y enseñábamos a los niños el catecismo y canciones. Íbamos allí con mucha alegría y coraje. No todos nosotros hablábamos bien el idioma de la gente, pero nos acogían como hermanos. Siempre nos reuníamos con mucha gente; incluso venían musulmanes. Esta experiencia marcó profundamente mis primeros años como jesuita. En verdad que hay mucha alegría en el camino del Señor.

Me habían explicado que la formación jesuítica era un proceso largo de prueba y desarrollo personal en un contexto comunitario. Sin embargo, en mi experiencia, la formación en la Compañía de Jesús ha sido, sobre todo, un camino espiritual bajo la sombra de la presencia misericordiosa de Dios en este mundo. La continuación del noviciado fue un tiempo de formación intelectual-apostólica. Estudié durante algunos años Filosofía y Teología. Estos estudios me abrieron un horizonte de pensamiento y de vida. Descubrí que “libertad” era una palabra “sagrada” tanto en la Filosofía como en la Teología. Junto con amor y solidaridad, fueron puntos claves para entender a fondo quién es el ser humano y quién es este misterio que llamamos Dios.

Esta formación intelectual y apostólica fue completada con dos años de trabajo pastoral en un colegio de jesuitas en Micronesia. Fue una experiencia muy enriquecedora conocer otra gente, otra cultura, con una forma de vivir y de hablar propias. Una vez allí, aprendí que la realidad siempre será más grande que mi pensamiento y que mi autoconocimiento. Asimismo, me reafirmé en el camino empezado hacía ya años y que valía la pena continuar.

2.5. Ordenación sacerdotal y la primera misión

Después de 12 años en la formación jesuítica, me ordenaron sacerdote el 29 de julio de 1994. Fue una oportunidad muy especial en dos sentidos. Primero, porque me sentí muy unido con los sacerdotes que me han dejado su testimonio de vida comprometida. Segundo, porque mi ordenación fue ocasión de reconciliación familiar, que dejó mucha paz y mucha alegría a todos.

Después de la celebración, un amigo personal me preguntó si la ordenación era el cumplimiento entero de mi búsqueda y deseo. Me quedé callado hasta que repitió la pregunta. No le pude responder inmediatamente porque todavía no tenía la respuesta clara. Aquella pregunta me hizo comprender que mis deseos y búsquedas de hacía muchos años habían sido transformados en un anhelo de seguir el camino de Jesucristo en este mundo roto.

Al terminar este compartir, quiero dar gracias a Dios porque ha sido infinitamente generoso conmigo. Mi búsqueda del sentido de la vida ha sido un buen camino, en el que siempre he sentido su acompañamiento fiel.

3. EXPERIENCIAS FUNDANTES

La realidad centroamericana es muy compleja y está bañada por la pobreza, la esperanza, la lucha y la sangre. Este jesuita panameño ha vivido en diferentes países. La gente, y en concreto los que más sufren, han sido sus maestros. Le han ayudado a hacer la experiencia de un Dios cada vez más real, más cercano y más comprometido con los pobres.

3.1. Mis primeros años

Nací hace 36 años en una ciudad llamada Colón, Panamá, un pequeño país de Centroamérica que no llega a dos millones de habitantes. Panamá es un país multicultural debido a su historia que gira principalmente en torno a su canal y la presencia norteamericana en el área.

Provengo de una familia pequeña. Mis padres y mi hermana; mi madre murió cuando apenas tenía dos años.

Mi familia es tradicional, religiosa a su modo (van a la iglesia cuando se muere alguien o cuando hay alguna boda). Mi padre es formal, serio y con mucha autoridad. En estos aspectos me educó: siempre muy obediente. Mi hermana, muy cariñosa y cercana a mí. Este talante suyo permanecerá a lo largo de toda mi vida. No hay duda de que llevo en mí la forma de ser de mi familia.

Desde pequeño, era un buen deportista. Me encantaba nadar en el río que estaba próximo a mi casa. Allí pasaba gran parte del tiempo. Me gustaba montar en los caballos que tenía mi abuelo. También participé en la selección de baloncesto que tenían en mi pueblo. Era un buen deportista, y de eso estoy muy orgulloso.

3.2. Mi vocación

Mi vocación fue un misterio como muchas de las cosas de Dios. Recuerdo que pertenecía a un grupo de jóvenes. Tendría unos 17 años. La encargada del grupo era una religiosa de los Sagrados Corazones. Para ese tiempo ella organizó un retiro. Yo no sabía qué era eso, pero fui con muchas ganas, pues era un momento privilegiado para salir de casa e ir a otro lugar con mis amigos. Me encantaban las aventuras. Al retiro iba en busca de algo, aunque no sabía ciertamente qué era.

Este retiro cambiaría mi vida. El encargado de darlo era un padre jesuita, el maestro de novicios. Yo quedé impactado por su persona. Me atraía su estilo, su forma de hablar, su manera de vivir su espiritualidad, cómo hablaba de Dios... De repente, fue naciendo en mí una inquietud sobre lo que esa persona representaba, sobre lo que era. Quería saber cómo eran los jesuitas, qué era aquello de ser sacerdote. Hablé con él durante mucho tiempo. Había algo dentro de mí que no me dejaba tranquilo.

Hablé con el jesuita sobre la inquietud que de repente había nacido en mí. Era algo nuevo que no alcanzaba a entender. Lo único claro era que quería seguir buscando, “a la

búsqueda...” de no sabía bien qué cosa. Él me dijo que podía ir al noviciado, conocerlo y aclararme un poco. Desde ese día inicié mis visitas al noviciado de los jesuitas. Éstas duraron más o menos un año durante el cual estuve hablando con el jesuita responsable, con los novicios, y compartía un poco su vida. Después decidí que esa era mi vida, eso era lo que yo quería. Me había estado acercando a Dios y lo sentía como nunca. Durante todo aquel tiempo de visitas al noviciado no dije nada en casa. A mi padre le tenía mucho miedo y sabía que si le decía en qué andaba, se iba a oponer, o me lo iba a prohibir. Tampoco le dije nada a mi hermana, ni a mi novia, ni a nadie. Sólo lo sabía la monja que organizó aquel retiro. El miedo y la inquietud se imponían en aquellos días.

Por casualidad, en aquellos días mi abuela sufrió una derrame cerebral. Se le paralizó medio cuerpo y estuvo ingresada en el hospital. Unas tías mías un poco “guerreras” me dijeron que, si entraba en la Compañía, mi abuela se moriría. Esto representó un jarrón de agua fría para mi vocación. Todo el mundo estaba en contra de que hiciese realidad lo que experimentaba, lo que Dios me estaba pidiendo.

Fueron tantas las oposiciones y las presiones de aquellos días que me entró una fuerte crisis de dudas e incertidumbres. Estaba muy confuso, como nunca lo había estado. Al final, decidí no irme a los jesuitas. Entonces todo el mundo sintió una gran alegría, menos yo.

Había dos sentimientos en mí; uno de alegría, porque mi gente estaba alegre con mi decisión; y el otro, de cierta tristeza y confusión, porque no había sido fuerte en llevar adelante lo que yo creía que Dios me estaba pidiendo.

Esta crisis duró varios días. Andaba como “mareado”, bastante triste y más confundido que antes sobre qué hacer de mi vida. Tres días después, aparecieron dos novicios en mi casa. El maestro de novicios los había enviado para ver qué me había pasado. Hablé largamente con ellos, y al final decidí ir al noviciado para conversar con el maestrillo. Fui allí con inmensa alegría. Hablé con él, y al rato me envió a la capilla, para que delante de Dios decidiera qué quería hacer con mi vida. Allí estuve una media hora con una gran paz interior. En medio de una gran consolación de Dios comprendí que debía entrar en la Compañía de Jesús.

Esa misma tarde regresé a mi casa. En mi pueblo, el grupo de jóvenes al que pertenecía había organizado una fiesta. Estuve con ellos hasta las cinco de la mañana en que regresé a casa. Todos estaban durmiendo. Hice mi maleta y salí sin que nadie se diera cuenta. Me había escapado de casa rumbo al noviciado. Era la única forma de salir de ese ambiente. No sé de dónde me nacieron las fuerzas, era algo que había en mí. Pienso que en ese momento no era yo el que se movía. Lo cierto es que había una fuerza interior en mí que me movía y que me llevaba a hacer cosas inimaginables teniendo en cuenta mis pocas fuerzas. Dios se servía de mi debilidad para hacerme fuerte.

3.3. Mi vida en la Compañía

Entré en los jesuitas con la duda de si había hecho o no lo correcto, aunque al llegar al noviciado, ya no volví a dudar sobre mi vocación. Mi padre no me perdonó que me hubiera ido de casa. Todavía sigue en él la molestia de este hecho. Ingresé en la provincia de Centroamérica.

Panamá. En el noviciado fueron años de mucha paz y alegría. Pude acercarme muchísimo a Dios y Él vino hacia mí de una forma cariñosa y con mucha acogida. La Compañía me fue dando la oportunidad de ir conociendo la pobreza de la gente (verla y experimentarla), el dolor, la muerte y el sufrimiento por los que pasaban muchas personas e ir descubriendo a otro Jesús: más humano, más cercano, ahora con un rostro concreto. Un Jesús con una fuerza tremenda de liberar a la gente más pobre.

Aprendí también a querer, a abrazar y a decir “te quiero” sin mucho miedo a que me rechazaran o de que pensarán otra cosa. Algunas familias con las que pude trabajar en Panamá me transmitieron mucho cariño. Y ese cariño me transformó.

Nicaragua. La Compañía de Jesús a la que entré forma una provincia integrada por seis naciones distintas, con mucha pobreza y dolor encima. En aquellos momentos, tres países estaban en guerra: Nicaragua, El Salvador y Guatemala. La guerra y sus consecuencias fueron uno de los fenómenos que más confrontaron mi vida como jesuita.

En el año de 1986 me encontré con un país desangrado por la guerra. El Frente Sandinista había derrocado la dictadura de Anastasio Somoza en 1979. Me encontré con un país herido, con un bloqueo norteamericano, y con mucha pobreza y división interna, y con una especie de socialismo donde se intentaba hacer que todo fuera de todos. En este contexto quedé impactado por la guerra y sus consecuencias. La gente no vivía, sino que sobrevivía y, los jesuitas, comprometidos con la realidad en la que estaban.

En Nicaragua aprendí a experimentar a Dios desde la gente. Me ayudaron mucho las experiencias que viví en las campañas de alfabetización en las *Cortes* del café, en aquella austeridad (puesto que casi no se encontraba comida), en el trabajo con la gente sencilla, la cual me transmitió lo mejor de sí misma. En Nicaragua aprendí a preguntarme sobre el *sentido* de las cosas: de la vida que veía perder a muchas personas; de Dios que, a veces, desaparecía; de aquella guerra tan injusta; de una vocación que no sabía a dónde iba...

A su vez, me volví insensible frente a tanto dolor que veía a mi alrededor. Se me volvió cotidiano ver muertos, saber del dolor de la gente... También surgió una imagen cuestionadora de la Iglesia (de su jerarquía) que se mantenía en silencio o al margen de lo que el pueblo vivía.

Con todo, Nicaragua fue uno de los mejores años de mi vida. Estos dos años me humanizaron. Me convertí a un Dios más real, el que teóricamente emergió en el noviciado. Ahora emergía de nuevo en mí, pero desde una realidad de dolor y de sufrimiento en la cual se desangraba el pueblo de Centroamérica. El Crucificado se hacía cada vez más presente. Pude confrontar mi vida espiritual del noviciado con la praxis de la realidad. Creo que me hice más humano y más cristiano, a la vez que más jesuita.

El Salvador. Allí estuve seis años. Terminé el estudio de Filosofía y pude hacer una licenciatura en Psicología. Viví en un ambiente de mucha inseguridad por la guerra. Es de destacar la muerte de los jesuitas ocurrida el 16 de noviembre de 1989. Yo vivía muy cerca de la universidad. Nos levantamos con la noticia que habían muerto Ellacuría y todos sus compañeros. Nadie sabía qué pensar. Nos invadió a todos el miedo y la confusión. Nunca en mi vida había sentido tanto miedo como en esos días. Surgió la sensación de que “nos iban a matar a todos”, pero no queríamos irnos. Nos queríamos

quedar allí como los hicieron los jesuitas de la UCA y como lo hacían tantos salvadoreños cada día.

Éste ha sido uno de los acontecimientos más fundantes de mi vocación. A todos los conocía. Algunos me habían dado clases. Y, de un momento a otro, les quitan la vida por defender al pueblo sufriente. Ahora comprendía que no sólo quería ser como el maestro de novicios que conocí antes de entrar en la Compañía, sino también como estos otros jesuitas que habían vivido como Jesús: hablando y denunciando la injusticia, y que, como él, también les habían quitado la vida porque estorbaban. Volví a sentir el inmenso cariño a la Compañía que guardo en mi interior.

España. La llamada “madre patria” fue mi última etapa de formación. Allí fui con la idea de hacer la licenciatura en Teología y una especialidad en Psicología.

España fue “otra cosa”. Atrás quedó la realidad dura, inspiradora e ilusionadora. Llegaba a un país del llamado “Primer Mundo” donde todo lo tenía y donde todo era fácil. Cada día era el mismo, no ocurría nada diferente. Al principio, la adaptación me costó mucho. La experiencia en este país fue rica académicamente. Me ayudó mucho el encontrar personas que me acompañaran espiritualmente. Fui descubriendo la importancia de tener a alguien que me ayudara a objetivar mi vida y que me hiciera ver un poco más allá de donde llegan mis ojos y, sobre todo, que me iluminara en la relación que tengo con Dios.

En este contexto de España hay que ubicar también el tema de la ordenación sacerdotal.

¿Por qué me ordené sacerdote? Ya indicaba que para mí han sido muy importantes los modelos que se han hecho presentes a lo largo de mi vida. Quería ser un sacerdote comprometido con los pobres, con esos que empecé a descubrir en Nicaragua. Un sacerdote accesible, cercano a todos, el que corre riesgos, que no le importa hablar, aunque por lo que diga lo puedan matar. En definitiva, una persona como todas, que da alegría, esperanza y que muestra el rostro bueno de Dios.

Bajo estos supuestos me ordené sacerdote, muy ilusionado y confiando absolutamente en Dios y en la fuerza que Él cada día me iba dando. Lo he visto en los rostros de la gente y he sentido su interpelación para que no me quede indiferente a lo que pasa a mi alrededor, sino que trabaje con la gente y dé alegría y esperanza donde haga falta.

Siento que estoy en las manos de Dios, donde Él me puso desde un principio.

4. HISTORIA DE AMOR

Este es el relato de la historia de amor de una chica mexicana que ha trabajado en diferentes proyectos culturales y sociales, y que se ha dejado afectar por Cristo y por los más sencillos.

1a PARTE. ENTRE JUEGOS Y CANCIONES: LA ATRACCIÓN PRIMERA

Puedo resumir lo más esencial de esta atracción primera con las palabras que Él dijo en una ocasión:

“Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: ‘Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos’” (Mt 18,3-4).

Corazones agitados, ojos brillantes, ropa apedazada y caritas sucias llamadas Juan Carlos, María, Lupita, Fernando, Francisco, etc., nos esperaban cada viernes en la Colonia León 1. Aquí lo conocí por primera vez.

Poco a poco se fue produciendo el acercamiento; poco a poco lo fui conociendo. Era tan bonito verlo sonreír con canciones como “El arca de Noé”, escucharlo con el Padrenuestro o el Avemaría, haciendo dibujos preciosos de la Creación. No lo pude evitar. Me enamoré de Él. Mi relación con Él no era perfecta, puesto que algunos viernes me invadía una profunda flaqueza y, más que el ánimo, me dominaba la desgana.

Durante esta época de mi vida que fue la adolescencia recuerdo que Él siempre me preguntaba: “¿Qué quieres hacer en la vida?” Y yo le respondía que no lo sabía con exactitud, sólo sabía que no quería hacer lo que hacen la mayoría de las personas: vivir sin sentido, vivir por vivir.

¿Cómo descubrirlo? No tenía ni idea, pues en esta etapa había momentos difíciles y la oscuridad abundaba en mi corazón. Todo era confusión y enojo: en medio de una historia familiar bastante deteriorada, en la que cada día se agudizaban los problemas en vez de resolverse.

Fue muy hermoso el modo como Él me fue conquistando, a pesar de mis dificultades. En el fondo de mi corazón se fue construyendo una opción que aún no sabía que tenía nombre y que existía desde hace siglos, cuando Jesús vino a anunciar la buena y gran noticia del Reino de los Cielos.

Del canto infantil al poético Náhuatl: la semilla creciendo entre las espinas

Faltaban unos meses para terminar el último año de preparatoria, cerca de Semana Santa vino a invitarme para que hiciéramos un viaje. No serían como las típicas vacaciones, porque era algo muy especial, en las profundidades de la Huasteca hidalguense.

Recuerdo que iba con el corazón lleno de emoción, alegría y crecido en ego, pues “iba a enseñar a los que no sabían”. Y, entre el calor de la selva, los frijoles negros, el café, el náhuatl, las enormes tortillas, las sonrisas, las celebraciones litúrgicas realizadas de forma ignorante por “los sabios misioneros” y un precioso Vía Crucis que los jóvenes de la comunidad de Tzacuala llevaron a cabo, regresé con el corazón aún más lleno y rebosante de alegría, pero mi ego había sufrido golpes severos, haciéndome descubrir que la ignorante era yo. Fue mi primer acercamiento al mundo indígena, que me costó mucho entender, pues empezaba a romper mis esquemas de una cultura occidental típicamente dominante (obviamente tuvieron que pasar algunos años para poderlo conceptualizar de este modo). Regresé muy cuestionada por esta experiencia con los más pobres: ¿Qué podía yo hacer por ellos? ¿Por qué no funcionaron nuestras pláticas o nuestras liturgias? ¿Qué se necesitaba para transformar esa realidad? Afortunadamente mi corazón quedó marcado por los niños y los habitantes de Tzacuala: su amor resistió la tormenta de un año para renacer en la calma de 1995.

2a PARTE. “PREPARANDO EL ALMA PARA UN PROYECTO DE VIDA”

Silencios y vacíos se movían en mi interior, situación que me intranquilizaba y me llenaba de desolación; movimientos del corazón que me llevaron a iniciar la búsqueda de “¿qué quiero hacer de mi vida?”.

Era el año 1995, a mitad de carrera, universidad jesuita. ¿Qué andaba buscando? ¿Regresar al MTA? No me convencía. Así que empecé a acercarme a la Pastoral Universitaria, en donde oí hablar de las CVX. En febrero de 1996 tuve mi primer acercamiento a los ejercicios espirituales, un retiro de tres días en Puente Grande, Jalisco, que propició un reencuentro con Aquél de quien me había enamorado en León 1. Además fue un reencuentro muy propicio para conocer dos conceptos que llenarían mis expectativas de lo que estaba buscando: proyecto de vida y Reino de los Cielos.

Este año regresé por una misión, pero esta vez en zona rural, a Puebla, con lo cual resultó ser una experiencia agradable, en el sentido de que esta vez no fui con aires de sabiduría, sino que fui más dispuesta a una entrega más llena y a dar lo mejor de mí misma durante esta semana.

Aquí confirmé que, si el Reino de Dios tenía que ver con una opción por los pobres y por su dignidad, entonces no había suficiente con una semana, ya que misiones de este talante se prestan casi siempre a un mero asistencialismo y a crear vicios de dependencia, en lugar de generar autonomía.

¡Ah!, pero no podían faltar las crisis en mi vida, esta vez se trataba de una relación amorosa con un chico que conocí en las misiones de Puebla. Fue mi primer amor y mi primera experiencia más amarga. A través de llamadas me prometía el cielo, la luna y las estrellas, mientras que estaba conquistando a una chica en su país. La mentira y el engaño rompieron mi corazón. Fue mi primer acercamiento más fuerte al sufrimiento después de mi situación familiar y esto afectó severamente mi relación con Él, puesto que me sentía muy dolida y enojada. Lo culpaba de haber permitido que me hicieran daño de esta manera.

En 1997 acabé la licenciatura, empecé un diplomado y la gestión de mi año futuro de misiones; también tuve mi primer noviazgo estable (a pesar de que sólo durara cinco meses), que me sirvió para tener un poco más de confianza y de autoestima. Siempre había soñado con el matrimonio y pensaba que sí, en mi proyecto de vida, cabía la posibilidad de casarme, entonces quería hacerlo con alguien que se convirtiera en un auténtico compañero de vida y que ambos pudiésemos construir nuestras vidas apostando por el Reino, como lo han hecho algunas parejas.

3a PARTE. “VEN, VEN, VEN, VAMOS A TABASCO, QUE TABASCO ES UN EDÉN”

“El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas” (Mt 13,31-32).

Evangelio que me recibió en agosto de 1998 en las tropicales tierras tabasqueñas y me acompañó en todo mi caminar. Llegué el día 12 de este mes, con dos maletas llenas de lo más indispensable: un poco de ropa, mucho entusiasmo y una bolsa con algo de temor. El Reino se sembró en mi corazón como una semilla de mostaza que creció a lo largo de año y medio y el fruto fue enorme: primero por convertirme en pueblo de Dios viviendo en carne propia lo que ellos y ellas vivían, para después entender con gran claridad por qué los pobres son sus predilectos; segundo por entender “Bienaventurados los pobres de espíritu”, a partir de encontrarme con mi propia verdad, con mis profundas limitaciones, con mi pecado; y, una vez más, porque todo esto no fue más que la experiencia del Amor.

Somos la comunidad eclesial de base...

Plátano y Cacao es el nombre de la ranhería donde se ubica la casa parroquial y el equipo de trabajo denominado ERIT (Equipo Rural Interreligioso de Tabasco). La parroquia contaba con 75 comunidades, cuando yo ingresé en este equipo, pertenecientes a más de 20 ranherías divididas en varias secciones y cuyo sistema de trabajo es la CEB (Comunidad Eclesial de Base). El equipo contaba con tres sacerdotes jesuitas, dos prenovicios, tres religiosas, un maestrillo y ahora dos laicas (pues mi compañera ya tenía un año en estos lugares). Para agilizar el trabajo, la parroquia estaba dividida en 15 áreas. Además de atender a las comunidades en lo pastoral –la catequesis de los jóvenes y adultos– había varios proyectos, como por ejemplo: salud, derechos humanos, mujeres y proyectos productivos. Yo escogí trabajar con mujeres.

El Pueblo de Dios

Yo no conocía y no sabía lo que era ser pueblo de Dios hasta que personas de rostro e historia concretos abrieron sus corazones para ofrecerme su amistad.

Esta vez no tenía ninguna intención de enseñar o ayudar, pues sabía muy bien que yo obtendría más de ellos que lo que yo pudiera aportar; mi único deseo era *compartir* mi propia experiencia de Dios. Los primeros meses fueron como una relación típica de amistad, en los que empezamos a tratarnos y a conocernos, a saber qué nos gustaba y qué no. Cada comunidad empezó a abrirme las puertas a tiempos distintos, tanto a nivel de trabajo como a nivel de convivencia, y fue más la convivencia del día a día la que nos permitió ser amigos: el pozol, las comidas, las fiestas, las historias de vida, los problemas y el sufrimiento.

Relacionarme y conocer al pueblo me hizo topar con mi propia verdad. Hubo días de severa oscuridad y desesperación provocadas por mi impotencia. Deseaba hacer más y dar más y mi verdad era que no podía, pues como humana resultaba ser bastante limitada. Entre las luchas internas que esta crisis me generó, aparecía la soberbia y el mesianismo, como si yo fuese Dios. Eso agravó aún más mi enfrentamiento conmigo misma, puesto que me veía y me aceptaba no sólo como limitada sino como pecadora. Pero eso no fue lo más fuerte; lo que realmente le pegó a mi ego fue descubrir la misericordia, primero en el pueblo de Dios, porque las personas solían contarme historias realmente dramáticas donde, después de un tiempo de perdición, encontraban el perdón, y eso transformaba totalmente su vida. Después darme cuenta de que esa misericordia también era para mí. No podía creerlo. ¿Cómo alguien como yo, tan limitada y pecadora, podía ser perdonada y, sobre todo, amada por Él? Es algo que aún no logro entender, pero que me llena de profundo agradecimiento y amor.

Termino esta parte diciendo que una vez más Su amor me lo manifestó en estos hombres y mujeres que tanto amo: Moncho, Andrés, Elisa, Martha Irene, Santi, Chua y tantos otros. A través de estos amigos y amigas me liberó de aquellos lazos con los que había llegado a Tabasco, me fue sacando el miedo de encima y me ayudó a ser más humana, más mujer, más yo misma.

Y ahora, ¿quién soy yo?

La historia no termina aquí. Por delante tengo un nuevo reto en San Luis de la Paz, que me asusta, pero he aprendido a vivir, no sin el miedo porque no desaparece, sino con el miedo como compañero y con la confianza de que no estoy sola. Soy una mujer limitada, débil. Cual peregrina caminando, voy en constante búsqueda de Dios; no sé si ya lo encontré; no sé si algún día lo lograré. Pero puedo estar segura de que Él sí me encontró y lo hizo para no dejarme, para estar conmigo en cada instante de mi vida, siendo amigo, padre, compañero, que lo único que desea para mi es la felicidad. Sólo puedo decir que esta historia, nuestra historia, continuará...

5. LA VOLUNTAD DE DIOS PARA NUESTRA VIDA

Vivir en pareja, tener hijos y trabajar “con Él en la construcción del Reino” no siempre es fácil. El acompañamiento, los ejercicios, la vida en comunidad, han sido de gran ayuda a la hora de tomar decisiones y poner “el amor más en las obras que en las palabras” (EE 230).

Nací en el seno de una familia cristiana. Mis padres educaron a los hijos en la fe. Desde pequeños, y de manera natural, estábamos familiarizados con diversas expresiones de la fe (la bendición de la mesa, algunas oraciones sencillas por la noche, etc.); y participábamos en las celebraciones que los tiempos litúrgicos iban proponiendo. En el parvulario, con las monjas, y, después, en la escuela, fui siguiendo el itinerario de iniciación a la fe propio de aquel momento.

En la escuela –de la Compañía de Jesús–, el consiliario (padre espiritual, le llamábamos) nos llamaba de vez en cuando. No recuerdo de qué tratábamos, pero me sentía especial. A veces, nos reuníamos en grupo y, entonces, el consiliario nos encomendaba la misión de ayudar a algún compañero que lo pasaba mal o que no tenía amigos. Lo vivíamos con orgullo. Teníamos la sensación de ser un grupo de refuerzo, del cual dependía el bienestar de la clase.

Cuando tenía 14 años participé en mi primer retiro importante. Fueron unos días en Montserrat. Me impactaron dos cosas: participar en la oración de vísperas con los monjes y la visita que hicimos al P. Estanislau, que habitaba en la ermita de la Trinidad, encima del monasterio. Con él vivimos una experiencia de silencio que para mí siempre ha sido una referencia importante. El silencio, la oración, la liturgia, me introdujeron en la interioridad, allí donde, más adelante, tenía que ir reconociendo a Dios.

Un año después, también en un retiro, tuve una experiencia de aquellas a las que llaman *fundantes*. El jesuita que nos acompañaba afirmó que para Dios éramos muy importantes; que el Padre nos tomaba muy en serio. Ya en la habitación, en soledad, sentí que aquellas palabras iban dirigidas a mí. No es que antes me sintiese poco importante o desvalorado por alguien; muy al contrario, me sentía amado por mi familia y mis amigos. Pero experimenté con intensidad aquel amor del Padre. Todavía hoy, que han pasado más de veinticinco años, revivo aquel momento como si fuera ahora. Me he alimentado de aquello todo este tiempo y ha sido una experiencia que se ha ido confirmando y amplificando.

Más adelante, me planteé seriamente la vocación religiosa. Me sentía, a la vez, atraído por aquel estilo de vida y, al mismo tiempo, preso de un cierto vértigo; me parecía un reto fuera de mi alcance. Conocía a muchos jesuitas y me parecía fascinante lo que yo entendía que era vivir, toda la vida, como respuesta al amor que Dios me daba. Encontrándome en este proceso conocí a la que después sería mi mujer, y esta vocación se puso en cuarentena. Durante el tiempo que nos dimos para tomar una decisión viví experiencias muy intensas, de las cuales siempre daré gracias a Dios. Durante los meses que pasé en el noviciado, los ratos de oración, la eucaristía comunitaria, la amistad de los compañeros (respetuosa para con mi proceso), fueron un regalo de Dios que me hacía sentir un privilegiado. Mirar a María, silenciosa y discreta pero totalmente entregada a través de su sí sin reservas, me ayudó mucho. Ante mí, emergía un camino

diferente al que había imaginado, pero que requería de mí la misma radicalidad y, al fin, creí que Dios me llamaba a vivir como seglar.

En la catequesis del barrio, en los campamentos, en la comunidad cristiana en la cual estábamos integrados, intentaba concretar este nuevo camino. Después de un tiempo, nos casamos. Hoy nos dicen que éramos muy jóvenes, pero teníamos ya un largo camino recorrido y un gran deseo de vivir a fondo nuestro proyecto de vida. No fue un punto de llegada, muy al contrario. Continuábamos buscando cómo realizar la voluntad de Dios para nuestra vida y cómo llevarla a cabo de tal manera que resultara un testimonio en medio de nuestro mundo. Una breve experiencia de comunidad de vida con algunos compañeros formó parte de esta búsqueda, pero no progresó.

Después de casarnos, vinieron tiempos de ir a fondo en el ámbito profesional, y al terminar los estudios, empecé a trabajar en una escuela de los jesuitas. Vivía problemáticamente –y todavía lo vivo así– el hecho de trabajar en un entorno profesional privilegiado, con familias también privilegiadas. Pensaba que se trataría de una etapa temporal, pero diversas circunstancias me han llevado a permanecer allí todavía. Siempre me he preguntado por qué Dios me llamaba a este ambiente y, también, si no debería reorientar mi esfuerzo y trabajar con personas más desfavorecidas. De todas formas, he ido descubriendo que, al trabajar con estos jóvenes, estoy sembrando la semilla de un mundo mejor; que hablar de Dios a estos jóvenes (buena parte de mi trabajo está vinculado a la pastoral) lo hace más transparente y purifica muchas de las imágenes deformadas que tenían de Él; que denunciar las estructuras injustas y el materialismo en el que viven y acercarlos a realidades de marginación y pobreza –que les son tan lejanas– es vital para transformar el mundo. Y que probar de dinamizar este estilo educativo entre mis compañeros de claustro, no es menos importante.

Con mi mujer hemos tenido cuatro hijas. Ella también trabajaba en la enseñanza, pero, cuando fueron naciendo las niñas, tuvo que hacer un paréntesis en su dedicación. Son muy diferentes de edad entre ellas (de siete a dieciocho años) y de temperamentos dispares. Pero en cada una de ellas veo también un regalo de Dios. En las mil situaciones cotidianas que comporta la vida de familia, ponen a prueba nuestra autenticidad y nos recuerdan que el amor no ha de quedarse sólo en las palabras. A medida que han ido creciendo, hemos tenido que explicarles quién es Jesús, por qué hacemos lo que hacemos, por qué celebramos la Navidad, o la Pascua, qué valores defendemos e intentamos vivir, etc. Eso nos ha ayudado a purificar nuestro lenguaje y, como antes decía, esto nos obliga a ser más auténticos. En la experiencia de la paternidad, he comprendido qué queremos decir cuando nos dirigimos a Dios como Padre. Y, ahora que van haciéndose mayores y a veces se hace difícil aceptar algunas de sus reacciones; pienso cómo debe querernos Dios para aceptarnos tal como somos.

En nuestro camino de pareja, las experiencias de ejercicios, el trabajo en la comunidad cristiana y el acompañamiento espiritual de diversos consiliarios, nos han ayudado a seguir adelante. Ahora que se cumplen veinte años de camino compartido, miro hacia atrás y estoy convencido de que el amor de mi mujer es un don que el Señor me hace cada día y que Él ha caminado con nosotros. Mirándolo todo en perspectiva, creo que los momentos más complicados han sido aquellos en los que me he dejado arrastrar por el ritmo del trabajo, o de otras actividades, y he prestado poca atención a nuestro proyecto común; cuando, en la práctica, más que camino en pareja hemos hecho camino

en paralelo. Ha sido necesario que nos detuviésemos, sobre todo yo, que nos dedicásemos tiempo, que dialogásemos, para que las cosas volvieran a su sitio.

Mi mujer y yo formamos parte de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX). Cuando nos comprometimos a ella, lo hicimos con la conciencia de estar respondiendo con agradecimiento a los dones que el Señor nos ha hecho y nos hace. Pido al Señor ser un instrumento eficaz en sus manos y que su Espíritu me sostenga y me impulse.

6. TRES OPCIONES

La seguridad y los medios socioculturales pueden ser un obstáculo para encontrar el propio camino. Presentamos un testimonio de la “Amistagogía o Pedagogía de Dios” a la hora de ayudarnos a vencer las propias resistencias y dificultades

Soy el menor de los hermanos de una familia cristiana. Desde pequeños, de lunes a viernes, nos dedicábamos a estudiar (todos fuimos bastante “empollones”); y los fines de semana practicábamos un deporte de competición, lo cual ha hecho que siempre estuviera “midiéndome con los vecinos”. En casa, y en la escuela, fui iniciado en la música clásica y en la lectura de novelas. Mis padres nos enseñaron a rezar desde pequeños, antes de acostarnos, y nos llevaban a misa cada domingo.

Con la llegada de la adolescencia, empecé a reflexionar sobre las cosas que me pasaban. La transición a la democracia me pilló con 13 o 14 años; y, con mi amigo Jordi, volviendo de la escuela hacia casa, hablábamos de política y de otros temas. A menudo, yo terminaba las conversaciones diciendo: “Esto tengo que planteármelo”. Es decir, que tenía que seguir dando vueltas a alguno de los temas que habían surgido. La Filosofía y la Religión de tercero de BUP me ofrecieron muchos otros temas “a plantearme”. Recuerdo especialmente el del sentido cristiano del sufrimiento, el deseo de construir la propia libertad y el interés por los valores éticos.

El año de COU cambié de escuela. Pasé a una escuela de escolapios. Aquel año, los estudios no me supusieron demasiado esfuerzo, y pude profundizar en mis inquietudes, gracias, especialmente, a las clases de Filosofía y de Religión que nos impartía un escolapio. También empecé a asistir, los viernes por la tarde, a un grupo de reflexión. Las reuniones terminaban con una oración al estilo de “Taizé”, de media horita, que me llegaba muy hondo. A finales de COU, había cambiado el Padrenuestro y el Avemaría de cada noche por un ratito de oración, al cual era bastante fiel. En ese espacio, leía las *Oraciones*, de Michel Quoist, *El Profeta*, de G. K. Gibran, o fragmentos del Evangelio. En aquella época, mis padres nos dieron libertad para seguir yendo a misa o bien dejarlo. Yo decidí seguir asistiendo.

El verano entre COU y la universidad prometía ser tranquilo. Ya había aprobado la selectividad y estaba aceptado en una escuela de Empresariales privada, donde me esperaba un futuro profesional seguro, de hombre de empresa. Pero los escolapios me ofrecieron la posibilidad de ir a un campo de trabajo para conocer el Tercer Mundo, con las Hermanas y los Padres Blancos, misioneros de África. Me apunté al campo y pasé quince días en un barrio musulmán de Melilla, con Mari Ángeles y Gonzalo (los dos religiosos), y con un grupo de jóvenes cristianos españoles. Por las mañanas nos dedicábamos a la oración, al intercambio y a la reflexión, y, por las tardes, a estar con la gente y con los chavales del barrio. Recuerdo que me impresionaron algunos textos de Pedro Casaldáliga y de Óscar Romero; pero, sobre todo, el testimonio de los dos religiosos, así como también el de un joven religioso vasco y el de Rosa, una estudiante sevillana de Enfermería. Rosa acababa de aprobar el primer curso. Aunque había obtenido suficiente nota y tenía la oportunidad de entrar en Medicina, había decidido estudiar Enfermería, porque creía que los que estaban verdaderamente cerca de los enfermos no son los médicos sino los enfermeros. Su gesto hizo que me “replanteara” la carrera y, por aquellos días, decidí no entrar en la escuela de Empresariales privada, sino cursar Económicas en la universidad pública. Así perdía “la seguridad del futuro” y

me obligaba a “plantearme” un futuro donde también hubiese para los problemas de la gente. Además, decidí profundizar mi fe estudiando Teología para los laicos.

De regreso a casa, mis padres se extrañaron de los cambios, pero me dejaron hacer. Yo todavía no pensaba abiertamente en ser religioso, aunque sentía una gran admiración por un escolapio, y, tal vez, en el fondo, me estaba planteando la posibilidad de serlo. Pero, el primer año de universidad, entre los estudios de Económicas y los de Teología, tuve poco tiempo para nada más que no fuera estudiar.

Durante el resto de los años de Económicas me hice monitor de un “esplai” (centro de actividades de tiempo libre) de barrio. En unas colonias, me sentí muy atraído hacia una chica que creo que me correspondía. Pero yo tenía en la cabeza la idea de hacerme sacerdote.

Durante un retiro de Semana Santa, sentí que dejaba de dudar y que quería hacerme sacerdote. No tenía claro si hacerme diocesano o religioso, y esto me preocupaba, porque, en la facultad de Económicas, había entablado amistad con un profesor que me ofrecía entrar en un departamento y dedicarme a ser profesor universitario. Con este dilema en la mente (un dilema que pasaba por la oración de la noche y por las líneas de un diario personal empezado durante el primer año de universidad), terminé la carrera. Pero, entonces, decidí hacer el servicio militar: “para quitarme una obligación de encima” y para darme tiempo para optar por una cosa u otra.

Al final de la mili, ya había iniciado los cursos de doctorado en la facultad... pero me di cuenta de que no podía demorar la opción hasta finalizar la tesis. Estaba hecho un lío y decidí ir a ver a un amigo jesuita. Le dije que me planteaba tres opciones: sacerdote diocesano, miembro de un instituto secular francés que había conocido hacía meses o religioso “convencional”.

Aquel jesuita, en primer lugar, me hizo orar para estar disponible a cualquiera de las tres opciones. Las dos expectativas que “me pesaban” y me restaban disponibilidad eran: el deseo de ser profesor universitario y el interés por quedarme a vivir y trabajar en Cataluña. Cuando ya hube orado bastante (con no pocas tensiones), le dije al jesuita que me parecía que podíamos pasar a un nuevo estadio. Entonces, él me hizo apuntar, lentamente y en un clima de oración, los pros y los contras de cada una de las tres opciones. Cerca del verano, una vez terminados los cursos de doctorado y otras obligaciones académicas, fui a hablar con un sacerdote diocesano y, también, con otro sacerdote jesuita para que me explicaran “la letra menuda” de las respectivas vocaciones. Y, después, fui a Francia, a pasar unos días con los miembros de aquel instituto secular. Hice un curso impartido por ellos en una casa cercana a Nantes y después estuve conviviendo con ellos unos días más.

En el viaje de regreso a Barcelona, la mañana del segundo día, en un tren entre Toulouse y Narbonne, dejé de dudar. Me quedé en paz pensando que, el próximo curso que debía empezar en septiembre, iría al noviciado de los jesuitas, en Zaragoza.

De eso hace ya más de diez años, y pienso que acerté en aquella lenta –pero trabajada– decisión desde la honestidad y el deseo de hacer la voluntad de Dios.

PISTAS PARA UN RATO DE ORACIÓN O DE RETIRO PERSONAL

En la contemplación del Nacimiento, la persona que sigue los ejercicios espirituales es invitada a “mirar y considerar lo que hacen María y José, así como el caminar y el trabajar, para que el Señor nazca en suma pobreza, con tantos esfuerzos”, y, después, irlo reflejando, para sacar de ello algún provecho espiritual (EE 116).

Reflejar en mí mismo

La palabra “reflejar” nos habla de reconocer y alabar el paso de Dios en un acontecimiento histórico y, a la vez, reflejar la luz en nuestra vida, la presencia de Dios contemplada, en este caso, en los relatos que leemos. Este verbo es una invitación a dejarse afectar por el amor de Dios, más allá de toda consideración racional, para reconocer en los acontecimientos, en las personas y en las cosas cómo el Espíritu “trabaja y labora” a favor de todos los hombres y mujeres.

Proponemos leer estos relatos lentamente, sin prisas, y en un clima de silencio y de oración, como lectura espiritual. Una lectura sencilla que no se fija en la anécdota, sino en cómo la persona ha actuado y se ha dejado conducir por el Espíritu en su realidad concreta.

Puntos concretos:

1. Antes de iniciar la lectura y la oración con los textos:
 - Tomar conciencia de cuál es el deseo o interés que nos mueve a conocer estos testimonios.
 - Hacer un momento de silencio o de oración y pedir luz para “conocer internamente” la presencia amorosa de Dios en los relatos.
2. Leer un relato todo entero, sin prisa. A continuación, releerlo lentamente, deteniéndonos en los momentos más importantes y primordiales.
3. Darse cuenta de los miedos, las alegrías, las dudas, las tristezas, que el autor del relato vivió en cada situación y cómo descubrió si estas emociones internas eran una consolación espiritual, que le ayudaba a crecer en el amor a Dios y a los demás, o si más bien se trataba de una desolación, “inquietud de diversas agitaciones y tentaciones, moviendo a desconfianza, sin esperanza, sin amor... como separada de su Creador y Señor”. (EE 317).
4. Tras “escuchar internamente” cada testimonio, es preciso que demos un paso más y reconozcamos en nosotros lo que estos relatos nos hacen sentir y pensar.
5. Hacer un rato de silencio orando, dejarnos afectar por lo que hemos “visto y oído”. Terminar con un Padrenuestro o alguna otra oración.
6. Para después de la oración. Tomar unas breves notas de aquellos puntos o momentos que nos han afectado más.

Preguntas para trabajar y compartir en grupo:

1. ¿Qué es lo que más te ha impactado de lo que has leído?
2. ¿Qué te ayudó a “buscar y encontrar la voluntad de Dios” en tu vida?
3. ¿Qué parecidos has hallado en los relatos con tu vida?
4. ¿Qué actitudes y deseos te gustaría vivir con más intensidad?